



LA CARRERA NAVAL

Mucho se ha profundizado sobre el significado de la expresión "carrera"; unos creen que es una actividad laboral específica, encuadrada en ciertas normas de comportamiento; hay quienes consideran que corresponde a un conjunto de posiciones de trabajo, distribuidas en el marco de una estructura institucionalizada; algunos piensan que equivale simplemente a una profesión, esto es, una capacidad, mezcla de conocimientos, habilidades y valores espirituales, que permite desarrollar, con íntima satisfacción y con la garantía de un control ético-técnico vigilante, una función social importante. También se le entiende como los estudios propios de una profesión, y otros, en fin, estiman que es una profesión ejercida en un ámbito jerárquico.

Si consideramos que el último de los conceptos señalados implica a todos los anteriores, creemos que es el que debiéramos retener para analizar aquellas carreras que más típicamente calzan con la idea general que dicha expresión transmite, entre las que se encuentra, sin lugar a dudas, la carrera naval.

De los dos tipos básicos de profesiones, la liberal consta de una capacidad profesional y de una ética profesio-

nal específica y es, en general, de carácter independiente. Si se ejerce en un ámbito jerárquico —que consta de una estructura con una asignación de cargos, corrientemente exógena— se convierte en una carrera libre o funcionaria.

El otro tipo de profesión —la encuadrada— no sólo consta de una capacidad profesional y de su ética profesional, sino que incluye un espíritu profesional específico. Normalmente, se ejerce en un ámbito jerárquico estricto que incluye un proceso de promoción endógeno.

Este último tipo de carrera encuadrada, o comprometida, destaca dos variantes especialmente importantes: la carrera del sacerdocio —en que el compromiso básico es de orden eclesial y proyección ecuménica— y las carreras de las armas, a la que pertenece la carrera naval, con un carácter estatal y un claro compromiso nacional.

Tenemos así la carrera naval, conformada por la profesión, con sus elementos capacidad, ética y espíritu profesionales, y por el ámbito jerárquico, con su estructura, proceso y compromiso.

* * *

La "capacidad", en los comienzos de la profesión naval se resumía en la idoneidad para gobernar y maniobrar buques, sobre los cuales se instalaban unidades militares de infantería y artillería, para poder atacar a otros buques o asaltar puntos del litoral. Posteriormente, a medida que la experiencia fue incorporando tales unidades como elementos propios del poder naval, la capacidad adquirió una creciente complejidad. La aplicación de nuevos sistemas de propulsión, así como el vertiginoso desarrollo de las armas y las telecomunicaciones, hicieron de la guerra en el mar una variedad de enfrentamiento militar que exigía, cada vez más, una superior capacidad técnica —para el manejo de nuevos y variados ingenios bélicos— una clara visión estratégica —para conformar y desplegar las flotas— y una renovada habilidad táctica —para dirigir las batallas navales y los desembarcos. Por último, la aparición del submarino, el avión, la electrónica, la computación, los satélites artificiales, la propulsión, el armamento nuclear, etc., han llevado a la técnica naval a niveles superiores de complejidad; por su parte, las acciones y operaciones antisubmarinas, aeronavales y anfibia han alcanzado márgenes tridimensionales, exigiendo a la táctica y a la estrategia navales decisiones resolutivas instantáneas y aplicaciones destructivas multidireccionales, y a la logística naval requerimientos misceláneos de magnitudes colosales.

La capacidad profesional se ha hecho así decisiva, tanto más cuanto el desarrollo científico y técnico crea exigencias crecientes en conocimientos y habilidades. Esto conduce a una frondosa especialización que, junto con satisfacer las diferentes demandas del progreso, genera, a su vez, una profunda corriente de tendencias autónomas que desdibujan el perfil profesional.

En estas circunstancias, derivadas del creciente despliegue de especializaciones, surge la tendencia a creer que el conocimiento lo es todo en la profesión, y así muchas veces surgen verdaderos monstruos científico-técnicos que parecieran constituir el desiderátum profesional y luego se descubren que tienen sus pies de barro y se desploman al primer embate de orden ambiental, psicológico o moral. En la carrera naval esto no es desconocido; la razón es muy simple: las exigencias para alcanzar una capacidad aceptable son cada día más altas en el campo de los conocimientos y del manejo de mecanismos de variado orden, y ello tiende a ir en desmedro del contexto general de la profesión, no siempre al descubierto de quienes se deslumbran por un virtuosismo operacional.

Ahora bien, si analizamos el segundo elemento de la profesión, esto es, su ética, lo podemos concentrar en el concepto de celo profesional. Tal vez, uno de los aspectos que más aclaran la diferencia entre lo que se considera una simple actividad de trabajo y una profesión, es, precisamente, el celo que caracteriza a esta última. Un verdadero profesional desarrolla sus actividades con un ánimo de perfección y entrega, buscando alcanzar en cada actuación el máximo rendimiento que su propia capacidad le permita. Es lo que llamamos la honradez profesional, el pilar en que descansa la eficiencia de toda profesión, que se basa esencialmente en el más profundo sentido del cumplimiento del deber y no en un sistema de controles que, por lo demás, sólo existe para finalidades correctivas a niveles formativos. A lo anterior, la ética profesional naval hace suyas, además, las cualidades propias del buen ciudadano: respeto a los demás y a sí mismo, probidad, sinceridad y equidad.

En cuanto al tercer elemento —el espíritu profesional— podemos señalar algunos factores de singular importancia. La profesión naval se ejerce, naturalmente, en, sobre, bajo y junto al mar. Esta característica otorga a la atracción por el medio marítimo una importancia capital. Es tal el efecto

sicológico de vivir frecuentemente en un ambiente distinto al común de la sociedad, que no es posible sustentar un modo de vida condicionado a tal circunstancia sin que se posea una clara predisposición natural para desarrollar las actividades fundamentales de toda una vida en dicho medio. Por otra parte, sus enormes extensiones determinan, para el núcleo humano que ha hecho del buque su campo de acción permanente, un aislamiento real que pone a prueba a diario la estabilidad emocional de todos cuantos sirven a bordo. Es por ello que parte importante de la vocación se centra en poseer efectivamente el espíritu náutico, esa predisposición natural que encuentra en el mar, que para otros es un medio duro, el ambiente estimulante que favorece la mejor realización de la personalidad de cada verdadero marino.

Otro elemento fundamental del espíritu profesional es su encuadramiento en el seno de una institución, que constituye el factor clave para los propósitos del desempeño individual. Queda perfectamente claro que cada profesional naval identifica las metas de su quehacer con los superiores intereses del servicio, y a ellos se debe en todo momento y en todo lugar. Es, en su sentido más estricto, una profesión de dedicación exclusiva, tanto en relación al tiempo de servicio cuanto al comportamiento individual en todos los momentos de la vida. Este espíritu de servicio, que es esencial en la conducta naval, señala meridianamente que toda otra consideración particular, estamentaria o sectorial queda restringida a márgenes subsidiarios del gran designio institucional. Ello implica no sólo una entrega individual sin restricciones, sino la libre decisión de renunciar a la búsqueda del beneficio personal como meta del quehacer profesional, en el bien entendido que la institución le proveerá los medios para una vida digna personal y familiar, acorde con sus sucesivas responsabilidades funcionales y con sus crecientes roles representativos.

Existe, además, una condición aún más exigente respecto del altruismo que caracteriza a la profesión: el espíritu de sacrificio. En este sentido, no sólo es dable esperar una voluntad puesta al servicio de finalidades generales, donde incluso no tengan cabida compensaciones adecuadas al esfuerzo desarrollado, sino que es frecuente llevar la entrega personal hasta los lindes del esfuerzo sin retribución alguna —salvo la de alcanzar logros en los que se cree— o con detrimento visible de la integridad física, del reposo mínimo y de la convivencia familiar. Este espíritu de sacrificio orienta

toda la amplia gama de actividades profesionales, marcándolas con un sello verdaderamente ejemplar.

En este mismo sentido cabe destacar, como elemento importante del espíritu profesional, la especial connotación riesgosa de la actividad naval. No sólo están de por medio las características propias del mar como un elemento inestable y poderoso en sus manifestaciones físicas, sino que a ello se suma la peligrosidad de actuar permanentemente en un medio guerrero donde el actuar de todos gira en torno al uso de medios de combate, armas, ingenios balísticos, explosivos, etc., integrando buques de superficie sumamente complejos, naves submarinas, aeronaves veloces, vehículos pesados—anfíbios y terrestres— unidades de asalto, comandos, etc., teniendo siempre la vida en vilo y la integridad física en permanente peligro. El espíritu de riesgo sublima así la antigua vocación por la aventura y el desafío propios de la profesión naval, y constituye hoy en día el acicate indispensable para asegurar una actitud profesional verdaderamente aguerrida.

Junto a los rasgos anteriores, que se anidan en lo profundo del ser de cada profesional del mar, hay otro aspecto típico del espíritu profesional, no menos importante: el estilo. No cabe la menor duda que, si bien todas las profesiones generan un estilo de vida más o menos característico, en nuestro caso ello se hace parte substancial de la profesión y abarca no sólo las formalidades del servicio naval, tanto a bordo como en tierra, sino que, además, alcanza al campo del diario vivir y la forma cómo se convive y se participa en la comunidad social, nacional e internacional. El estilo profesional se basa en una clara definición de las posiciones relativas de cada miembro de la institución naval, ya que el estrecho espacio físico de los buques y unidades hace intolerables los roces surgidos de exabruptos o extralimitaciones, que de hecho afectan a todos por igual. Ese estilo, o modalidad dominante en el comportamiento de los miembros de la comunidad naval, no es otro que una extrema preocupación por no herir la sensibilidad del prójimo, redundando ello en una fuerte tendencia por el imperio de la caballerosidad, el decoro, la pulcritud y la moderación. Para algunos aparece como un estilo muy atildado y más de alguien lo ha calificado como siútico, pero es evidente que tiene un sentido profundo que excede a lo meramente formal. Por lo demás, y como una derivación adicional, produce una buena imagen, impacta por su prestancia, confiere credibilidad social y atrae la simpatía

general. Quienes no calzan con este estilo encuentran, naturalmente, dificultades de ambientación, aun cuando posean una firme vocación de servicio, actúen con máximo celo y tengan una sólida capacidad profesional.*

*El espíritu profesional adquiere así una alta significación, que queda de manifiesto cuando las atracciones propias de especializaciones muy solicitadas impulsan a abandonar la profesión para incorporarse a la especialidad complementaria, pretendiendo hacer un buen gambito. Es posible que así sea, pero también es posible que el nuevo **status** no pase de ser una simple actividad bien remunerada pero que no se ejerce con el verdadero espíritu de servicio —que da lustre— ni respondiendo a una vocación —que satisface íntimamente— ni permite, tal vez, convivir en un estilo que realce lo mejor de la condición humana. La experiencia indica, sin embargo, que todo aquel que ha pertenecido a la profesión naval tratará de vivir según sus cánones y, aun cuando agregue cualquier título a sus credenciales, en el fondo su única profesión será la de marino.*

* * *

La carrera naval, analizada ya en cuanto a su componente "profesión", tiene otro elemento, el "sistema jerárquico", compuesto a su vez por dos factores: la estructura y el proceso. La estructura es muy definida y en ella todo profesional tiene una función específica; es controlada verticalmente y el todo tiene eficiencia en la medida que cada cual cumple lo suyo a cabalidad. El proceso es de complejidad creciente, y el énfasis del desempeño pasa por tres etapas sucesivas y bien diferenciadas: servicio general, especialización y mando general. Este proceso es válido tanto para el personal de Oficiales como de Gente de Mar, pero es más acusado en los primeros que en éstos, dada la mayor amplitud de las responsabilidades técnicas y de mando de aquéllos.

El sistema así descrito da cabida a un proceso de promoción interno que constituye la esencia de la carrera, toda vez que es fundamentalmente endógeno, permitiendo que los valores profesionales sean los que determinen exclusivamente el progresivo avance de cada integrante del servicio en las posiciones propias de la estructura institucional.

El encadenamiento de las diferentes etapas del sistema presenta, desde el punto de vista señalado, variadas situaciones que es importante considerar. Desde un comienzo está el duro proceso de permanente selección, que, año a año,

va dejando en el camino a quienes no han podido responder a las exigencias del servicio o de la preparación para el futuro. Lo primero, es válido para los que han considerado a la carrera con un prisma excesivamente individualista y desestiman la fría racionalidad del servicio diario, normalmente orientado a logros colectivos. Lo segundo, es particularmente cierto frente a los estudios, cuyas demandas son necesariamente muy estrictas.

Adicionalmente surgen las presiones extrainstitucionales, sean de orden económico, social o personal, que crean una atracción centrífuga, especialmente patente a medida que cada miembro de la institución se adentra individualmente en el complejo mundo de nuestros días. La dura vida del mar, que mantiene a los marinos alejados del medio social, acrecienta esta atracción. Por último, especialmente en la etapa superior de la carrera, está el proceso de adecuación de las dotaciones a una estructura típicamente piramidal, que hace inevitable la separación forzosa de valores profesionales indiscutibles, pero cuyos méritos no alcanzan el nivel de otros, mayormente idóneos. Esta situación puede limar sus naturales asperezas mediante procesos de reasignación de funciones en el seno institucional o de representación en ámbitos extrainstitucionales, que permiten aprovechar, por todo el lapso profesional activo, los valiosos servicios de los meritorios de alto rango, con miras a capitalizar capacidades profesionales probadas; así se minimizan frustraciones que son graves por ocurrir en la culminación de la carrera y por repercutir en quienes, iniciándola o promediándola, aspiran legítimamente a expectativas auspiciosas para su propia trayectoria institucional.

La carrera naval tiene, además, otra connotación importante; siendo una carrera encuadrada es, naturalmente, comprometida. Su compromiso es de nivel superior, es de orden nacional, con la patria. La carrera naval o de marino de guerra es, en lo fundamental, una de las llamadas "de las armas", esto es, está al servicio de la patria, expresión que implica orientar los impulsos de un indispensable y generoso romanticismo en aras de los intereses nacionales, y exige a sus miembros hasta el noble sacrificio de la vida. De ello se deriva, a su vez, que es una carrera sustentada en el más sólido ejercicio del mando, toda vez que en cada caso y nivel —sea como Comandante en Jefe o como patrón de embarcación— siempre está presente la posibilidad de conducir acciones que lleven a los subordinados a la entrega suprema de la propia existencia. Todo otro elemento de esta

compleja carrera queda así supeditado a este factor, que la distingue claramente frente a las carreras basadas en profesiones utilitarias, destinadas simplemente a la producción de bienes o a la prestación de servicios.

Complementando lo anterior está la permanente exaltación de valores propios de la historia profesional nacional, incorporados a lo largo de su dilatada trayectoria al servicio del país. El frondoso legado de virtudes navales constituye un orgulloso marco de referencia para el quehacer profesional y orienta claramente a cada marino. El patriotismo, el valor, la lealtad, el compañerismo y el sentido de responsabilidad, entre otras, son cualidades que definen el perfil de la carrera naval. Todo ello crea un trasfondo que envuelve el desempeño naval en pliegos de excelencia que, así como prestigian, exigen.

Junto a ello, el compromiso de la carrera naval señala para cada marino el profundo sentido de representación nacional que tiene su investidura, que le exalta hasta niveles de símbolo, identificándole con valores superiores como la Nación, el Estado, la Patria. El compromiso de la carrera naval alcanza así un peso inconmensurable, sólo equivalente al imponderable sello de distinción que otorga a quienes tienen el privilegio de servir en ella.

* * *

En la actualidad la carrera naval está sometida a las mismas fuertes presiones que la evolución de la humanidad y de las comunidades nacionales provoca sobre el carácter de las actividades sociales de todo orden. Estas presiones actúan tanto sobre la profesión como sobre la carrera, y su efecto no puede dejar de tomarse en cuenta con especial consideración.

El factor "capacidad profesional" sufre el embate de la atomización tecnológica que, indebidamente controlada, parcela disociadoramente los esfuerzos concurrentes hacia la meta de claro contenido naval - militar, que es la que, fundamentalmente, da sentido a la profesión.

Esta situación es una de las que más afecta a los esfuerzos institucionales que buscan mantener debidamente cubiertos los cargos técnicamente exigentes. Si se cede a la presión que pretende elevar apreciablemente las retribuciones del servicio en relación directa con los índices de especialización, se está afectando la raíz vocacional de la profesión que lleva implícita al fundamental espíritu profesional, difícilmente valorable. Si, en cambio, se mantiene a firme el espí-

ritu profesional como elemento substantivo del ejercicio profesional, se produce una tendencia al éxodo de "capacidades profesionales" hacia el campo ocupacional civil, descapitalizando el potencial humano institucional. Una moderada incentivación de la especialización técnica, junto al fortalecimiento del espíritu profesional en torno a sus valores fundamentales, es parte importante de la fórmula que permitirá mantener el alto nivel tecnológico que la capacidad profesional exige, especialmente en los tramos intermedios de la carrera, sin correr el riesgo de perder esas capacidades ante la atracción del campo extrainstitucional.

Tales impulsos centrífugos, que obedecen a razones de fondo que sería torpe desestimar, son contenidos y canalizados más favorablemente a través de los cuerpos intermedios institucionales que actúan en ámbitos particulares del medio naval (fuerzas de superficie, submarinas, aeronavales, anfibia), puesto que, cohesionados en torno a valores propios de sus campos de acción, donde se hacen más intensos los lazos espirituales, refuerzan sólidamente el espíritu profesional sin debilitar la trama institucional, pues mantienen entre sí un claro nexo profesional por medio de una permanente coordinación horizontal y una incesante ejercitación integrada.

El "espíritu profesional" recibe la presión de una sociedad cada vez más orientada a metas materialistas, cuya mayor valoración del estipendio por sobre la satisfacción íntima de realizarse plenamente al servicio de una meta profesional trascendente, altera el peso de los valores clásicos en desmedro de lo esencial de las carreras de las armas, pudiendo convertirlas, a la postre, en meros oficios u ocupaciones lucrativas, de escaso contenido moral y nacional.

Por otra parte, la "carrera" capta en cierta medida los estremecimientos marginales que provocan aquellos movimientos que buscan decantar para el Estado sus funciones estrictamente específicas, y que en tales arremetidas hacia rectificaciones puntuales indispensables en el campo socioeconómico generan corrientes que dan margen a múltiples cuanto ambiguas posiciones sobre los límites del aparato estatal. Desde otra dirección, corrientes transnacionales violentistas crean heterodoxas organizaciones combatientes que, con avanzado equipamiento y elevada paga o acentuado ideologismo, sustentan temporalmente algunos espectaculares aunque precarios resultados. Ambas circunstancias, en singular convergencia, levantan imperceptiblemente el espectro de

organizaciones castrenses mercenarias, estilo Renacimiento, que la investigación histórica había dado por desplazadas a lo largo de los Tiempos Modernos y supuestamente sepultadas por los ejércitos de tierra y mar nacionales, consolidados definitivamente en cada Estado a comienzos de la Edad Contemporánea.

Por último, un factor ya analizado en la profesión también incide en la carrera. Es el efecto disruptivo de la especialización tecnológica, que por demandar una exagerada anticipación no permite afincar en las escuelas matrices la base profesional común ni los valores de cohesión esenciales de la etapa formativa. Posteriormente, este mismo factor vuelve a interferir, ahora por su prolongada vigencia y profunda impregnación conceptual, en la necesaria reorientación generalista de quienes deben ocupar los grados superiores del escalafón, en los cuales prevalecen, como funciones fundamentales, la conducción operativa, estratégica e institucional.

* * *

Toda esta situación afecta en mayor o menor medida a la realidad actual de la carrera naval en todo el mundo.

En nuestro país, su reconocida eficiencia y su tradicional solvencia moral son baluartes muy poderosos frente al incesante flujo de fuerzas de todo orden que afectan a su desenvolvimiento, dándole a éste una notable estabilidad, no exenta de oportunas adecuaciones. No obstante, nada mejor que mantener una actitud despierta frente a tales contingencias y tomar conciencia de ellas. Así será más fácil y efectivo advertir las vallas que el propio desarrollo de la sociedad mundial y nacional va levantando, así como elaborar los esquemas de acción que, debidamente sopesados a la luz de fines substantivos y medios disponibles, impulsen con vigor y orientación superiores el presente y futuro de nuestra carrera naval, cuya posición señera y prestigio han tenido su fundamento, precisamente, en haber sabido estar alerta y vigilante para evaluar sus circunstancias y proyectar racionalmente su propio destino al servicio de la más plena eficiencia general. Con ello ha asegurado esa capacidad global indispensable para lograr las exigentes metas que su alta responsabilidad estatal le impone en tantos órdenes del quehacer nacional.

